

ESCENA XV.

EL DESCONOCIDO *reconociendo el lugar con sobresalto.*

Desc. Á media voz. Nadie! al fin voy á ver realizadas mis esperanzas, *señalando el armario.* Allí! allí están sepultados los quinientos mil francos del difunto Rodolfo de Nievremont!... Todo me favorece.... Murf debe alejar de aquí á los criados.... Fort está apostado en el jardín.... ánimo.... mi golpe magistral es este.... *se dirige resueltamente al armario; toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que abre con la llave de que está provisto; se apodera de una cartera que contiene algunos papeles; en seguida deja en la arquilla la cartera vacía; la cierra, toca el resorte y queda también cerrado el armario; esta escena debe hacerse con rapidez dirigiendo alternativamente la vista á las puertas laterales, con gran sobresalto.*

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL AMOR FILIAL.

La escena figura la misma habitacion del castillo del Baron de Kervelane.

ESCENA I.

EL BARON DE KERVELANE Y EL MARQUES DE NIEVREMONT;
el primero debe tener pendiente de su cuello con una cinta, una llave pequeña; y el segundo debe salir provisto de un anillo, en una cajita, y ademas de algunos papeles.

Baron. Os esperaba con impaciencia, Sr. Marques, puesto que vuestra llegada debe ponerme á cubierto de la responsabilidad que pesa sobre mí hace muchos años; la vida del hombre está espuesta á tantas alternativas, que un depósito de la naturaleza del que me ha sido confiado, aleja la tranquilidad, y muy á menudo turba el sueño del depositario. Me permitiréis, pues, tener el honor de poner en

vuestras manos la arquilla que aquel valiente y desgraciado Rodolfo de Nievremont me confió hace diez años; entónces la abrí en su presencia; mas desde aquella época la llave no se ha separado ni un instante de mí; vedla aquí pendiente de mi cuello, ahí la teneis; *la da al Marques.*

Marq. Ahora debo yo entregaros este anillo; *lo saca del bolsillo y lo da al Baron;* segun tengo entendido la arquilla debe contener otro igual, *saca los papeles y se los da.* Además, he traído conmigo estos documentos, que acreditan que el nombre y título con que me he presentado aquí, me pertenecen exclusivamente.

Baron. Disimulad si ecsamino estos documentos, pues no se os debe ocultar mi gran responsabilidad; en el mismo lugar en que ha permanecido la caja por espacio de diez años, pondré este anillo junto con la carta que me dejó Rodolfo; este testimonio añadirá un nuevo galardón al honor de mi casa y de mis hijos, *mira con alguna atencion los papeles, luego se dirige al armario, toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que coloca en la mesa.* Ved aquí, Señor Marques, el cuarto de los archivos, *indicando los cuadros.* Allí están encerrados los documentos

que atestiguan los altos hechos de nuestra raza desde Carlo Magno; allí están los recuerdos de nuestra gloria y de nuestra nobleza. Ya veis que ese tesoro no podia estar bajo mejor salvaguardia. Ha ya terminado la mision que me fué impuesta por el afecto que profesaba á un verdadero amigo.

Marq. Os quedaré eternamente agradecido á los sacrificios que hicisteis en obsequio de mi hermano en el momento en que era el blanco del infortunio y las persecuciones, Ah! el pobre Rodolfo dejó de ecsistir, víctima de las desgracias que vos no ignorais; pero siempre pronunció vuestro nombre con respeto y reconocimiento; y yo, único vástago de mi familia, me tengo por muy feliz en poder estrechar vuestra mano entre las mias. *Le coje afectuosamente la mano.* Tomad esta llave y abrid la arquilla cuando gusteis.

Baron. *Abriéndola.* Debeis estar impuesto, Sr. Marques, de lo que aquí se encierra; *saca de ella unos papeles:* ved aquí los papeles, *los da al Marques.* *Saca una cartera.* Ved ahí la cartera que contiene quinientos mil francos: *abre la cartera;* un temblor convulsivo se apodera de todos sus miembros; *la cartera le cae de las manos.* Dios mio!.... vacía!... vacía! *cae anonadado en un sillón.* El Mar-

ques queda como petrificado; despues de algunos instantes el Baron se levanta en medio de una enagenacion mental, recoge la cartera se acerca al Marques y le dice, mostrándosela.... Ya lo veis!... no hay nada!... nada!.... Dios mio!.... Dios mio!...., apénas puedo creer en la horrible realidad!

Marq. Habréis sido víctima de un robo.

Baron. Sí!.... sí!.... un robo espantoso!.... una fatalidad terrible!.... Solo he llegado á la vejez para ver mi frente manchada con la deshonra.

Marq. Desterrad de vuestra imaginacion toda idea de deshonra; aqui no hay mas que una gran desgracia, y con ella el respeto y estimacion que se debe á un noble carácter y á una familia esclarecida.

Baron. Algo sosegado. En mi larga carrera he arrosado con serenidad toda clase de desgracias; algunos sucesos terribles han encanecido prematuramente mis cabellos; en el año 93 el cadalso amenazó mi vida; jóven aún, ví rodar en aquella plancha fatal la cabeza de mi padre; el frio y la oscuridad de un calabozo han gastado muchos años de mi azarosa ecsistencia.... el destierro y la miseria han sido por largo tiempo mi único patrimonio, y sin embargo, nada habia podido abatir

mi corazon; pero este golpe fatal, enerva todas mis fuerzas!.... aniquila todo mi valor!

Marq. Ahogad esa violenta desesperacion; el recuerdo de vuestra vida pasada debe tender sobre vuestra cabeza sus alas protectoras, y defenderos al presente contra la vergüenza y el deshonor.

Baron. Os agradezco infinito el generoso lenguaje en que me hablais; no esperaba ménos del que lleva el nombre de Nievremont; pero no puedo olvidar que á vuestros ojos no soy mas que un extraño, á quien venis á reclamar un depósito que ha sido confiado á mi honradez.... este depósito no ecsiste.... pero Dios, que lo vé todo, sabe que el Baron de Kervelane preferiria morir de hambre y de miseria junto con sus dos hijos, ántes que cometer la menor infamia.... señalando los retratos. Y vosotros, mis nobles abuelos, vosotros que me mirais en este momento; que os convertis en jueces de mi conducta, que sosteneis mi espíritu con vuestro grato recuerdo.... vosotros, en cuya presencia levantaba orgulloso mi cabeza cana.... ¿me obligaréis á hacer aquí un juramento?.... Oh!.... no, no, es verdad? Podré presentarme entre vosotros con la frente sin mancha.... el corazon puro.... entre vosotros que sois mi religion

al igual de la de Dios!.... Dormid, dormid tranquilos en vuestras gloriosas tumbas.... oid mi irrevocable resolucion.... aunque sea á costa de la mas espantosa miseria, pagaré cuanto ántes la cantidad que me ha sido arrebatada.

Marq. No admitiré de ningun modo el sacrificio que quereis imponeros; me es imposible aceptarlo.... Qué falta me hace esa suma para que pueda costarme su pérdida el mas leve pesar?... No, Sr. Baron; olvidad el depósito, la cartera y el dinero que os han robado; será un secreto que quedará entre los dos. Habeis dicho que erais para mí un extraño. Creéis que pueda borrarse nunca de mi imaginacion el recuerdo de mi hermano? Creéis acaso que ignoro que á costa de mil sacrificios le salvasteis la vida? Cuando condenado á muerte, hostigado por todas partes, perseguido con ahinco por la sangrienta furia del pueblo, cerrándole todas las puertas, le obligaban á andar errante esperando la hora de su muerte, vos salisteis al encuentro del pobre Rodolfo, le abristeis vuestra casa, y le disteis un asilo que le libertó de la persecucion de sus verdugos; si habeis olvidado todo esto, mi deber me obliga á recordároslo: por vuestros asiduos cuidados

logró al fin alejarse de Francia; por vos, en fin, Rodolfo se vió libre del cadalso..... Y cuál fué la recompensa de tan desinteresado afecto, de tan sublime interes?... los insultos, la cárcel... y quizás, si el destino y la Providencia no hubieran llegado á vuestro socorro como al de toda la Francia, tambien la muerte.... Y creéis aun que debeis justificaros ante el hermano de Rodolfo?... debe ecsistir entre nosotros otra idea que la de la estimacion y del reconocimiento?

Baron. Os agradeceré eternamente, Señor Marques, las generosas ofertas que acabais de hacerme, pero ya he tomado mi resolucion; no debo ni puedo aceptar vuestro desinteres... Este anciano abriga en su seno dos hijos que aprobarán su conducta; entre ellos y yo no puede ecsistir un secreto de semejante naturaleza. Los quinientos mil francos que me confió vuestro hermano os serán religiosamente pagados, aunque para obtener esta suma me vea precisado á vender cuanto poseo. La miseria tiene tambien su orgullo y su nobleza; la miseria á este precio jamas ha mancillado el brillo de un blason.

Marq. No me atrevo á insistir mas, y por sensible que me sea la cruel resolucion que habeis tomado, debo someterme á ella; como herido

de una repentina idea; pero, oidme ántes un momento. Yo vivo solo en el mundo, sin afectos, sin familia. Dios ha tenido á bien llamar hácia sí á todos los séres que yo idolatraba; la soledad de mi corazon es una cruel agonía. Si no os asustan mis canas, si teneis alguna confianza en la lealtad de mi carácter, yo, Marqués de Nievremont, hermano de vuestro antiguo, de vuestro mejor amigo, pongo en vuestras manos los medios de hacer revivir aquella amistad santa que os unia á Rodolfo, concediéndome la mano de vuestra hija.

Baron. Con sumo gozo. Cielos!... qué decis?... oh!... gracias!... gracias!... cuán noble, cuán magnánimo es lo que acabais de hacer!

Marq. Á vuestro lado hallaré una felicidad de que me veo privado; y vuestra hija encontrará en mí otro apoyo y protector.

Baron. No puedo espresaros cuanto me conmueve esta prueba de aprecio; pero ántes de aceptar lo que haria la dicha y consuelo de mi vejez, quiero hablar á mi hija; dentro de algunas horas espero poder dáros noticias satisfactorias acerca de la resolución de mi Aliza; le contaré la terrible desgracia en que me hallo envuelto, y vuestra generosa proposición.

Marq. Decidle, Sr. Baron, que consagraré mi vida en hacerla feliz; espero impaciente su determinacion.

Baron. Luego la sabréis.

ESCENA II.

EL BARON DE KERVELANE.

Baron. Gozoso. Dios mio!... gracias!... gracias!... Aun resuenan en mis oidos las palabras de Aliza. Su corazon está libre... La miseria se aleja de mí... la miseria!... idea horrible que desgarrá el corazon y destruye el valor!... *llamando.* Aliza!... Aliza!... Conozco demasiado la nobleza de su alma; todo lo debo esperar de su acendrado amor.

ESCENA III.

EL BARON DE KERVELANE Y ALIZA.

Aliza. Qué me queréis, padre mio?... Ah! no sabeis cuán impaciente estaba por veros!... Qué ángel benéfico os ha dicho que deseaba hablaros?

Baron. Un asunto grave, hija mia....

Aliza. Cortándole la palabra. Esperad, esperad; no

ignorais que estoy llena de defectos; muchas veces me habeis echado en cara mis caprichos é indocilidad.... Esta tarde no sé lo que tengo.... estoy conmovida.... turbada.... os amo, si es posible, mas que nunca.... No sé como espresaros el afecto que ha producido en mí lo que me habeis dicho hace un momento.... y yo.... yo quiero ahora abriros mi corazon.... Venid, *le coje la mano y le conduce á un sillón*, sentaos aquí, en este sillón, y dejad que me coloque á vuestros piés, *pone una silla pequeña á los piés del Baron y se sienta en ella*. Al verme en este cuarto, mil remotos recuerdos se agolpan en mi imaginacion.... Habeis olvidado aquel día en que para entretenerme, siendo aun muy niña, hicisteis una guirnalda de las flores que vos mismo habíais cojido?... apenas concluida, yo adorné con ella vuestra cabeza, y despues, sentada en vuestras rodillas, arranqué una por una las hojas de la pobre guirnalda que habíais tejido con tanto trabajo.... Os acordais de mi enfermedad?... Cuántas noches pasasteis á mi lado, velando miéntras yo dormia, ó cantando para dormirme cuando el sueño se alejaba de mis ojos.... *se levanta y le da un beso en la frente*. Ah! cuán bueno habeis sido para mí!....

sonrojada, y sin embargo.... yo.... yo he sido muy ingrata.

Baron. Con sorpresa. Ingrata..... tú, ingrata, Aliza.....

Aliza. Oh!.... sí.... mucho; miéntras á cada hora, á cada momento me habeis prodigado vuestros paternales desvelos; yo os he ocultado el origen de mi angustia y taciturnidad.

Baron. Sobresaltado. Secretos para con tu padre?

Aliza. Oh! no os enfadeis.... esta mañana no me he atrevido; tenia miedo; y ahora....

Baron. Inmutado; apresuradamente. Habla.... habla, hija mia: no me ocultes nada; *manifiesta en su semblante la mayor inquietud*.

Aliza. Hace dos años que me enviasteis al lado de mi tia para sustraerme á los estragos de aquella epidemia que asolaba el país.... os acordais? Al separarme de vos, mi rostro se anegó en amargas lágrimas, y sin embargo, poco era el interes que tenia despues en volver á vuestro lado; esto debia pareceros muy extraño, no es verdad? Cuando llegué al castillo de mi tia, se apoderó de todo mi sér un abatimiento mortal: con el fin de distraerme me llevaban á pasear por el parque; aquellas calles de árboles simétricamente plantados, aquella uniformidad en los objetos que allí me rodeaban, aquella monotonía con que se presentaba á mis ojos la naturaleza, llevaban

á su colmo mi fastidio; pero cuando dirigia mi vista al traves de las verjas, la diversidad de las flores, el pintoresco cuadro que presentaban á mis ojos los riachuelos, las colinas y una multitud de árboles distintos, me trasportaban como por encanto á mi querido país: pero me impedian salir del parque, y á la verdad, esto era terrible. Un dia bajé muy temprano sola á aquel lugar infernal; apenas me ví en él, cuando devisé una reja abierta; tan ligera y deseosa de libertad como el pájaro que, abierta su prisión, se apresura á probar las fuerzas de sus alas en la inmensidad de los aires, salí corriendo sin saber á donde dirigia mis pasos; anduve mucho.... mucho.... hasta que faltándome las fuerzas me senté en una hermosa praderia para cojer algunas flores. Estaba entretenida en esta grata ocupacion, cuando oí crujir las ramas de un seto: dirigí allí la vista, y ví con gran espanto la enorme cabeza de un toro que me miraba fijamente; los latidos de mi corazon me ahogaban; permanecí arrodillada sin atreverme á hacer el mas leve movimiento por temor de atraer hácia mí á aquel terrible animal; esta indecision duró algunos instantes. Por último, reflexioné que era preciso tomar algun partido; el primero que se pre-

sentó á mi ecsaltada imaginacion fué la fuga; y sin detenerme tan solo en mirar si aquella fiera estaba en el mismo lugar, me levanté de un salto y eché á correr despavorida por el valle; entónces un horroroso crujido me indicó que el toro se abria páso al traves del seto para abalanzarse á mí; dió un horrible mujido al que respondí con un grito desalado..... oía ya distintamente el ruido de sus pisadas... Dios mio!... Dios mio!.... exclamé desesperada;... el terror me quitó las pocas fuerzas que me quedaban, y cai desfallecida en un matorral.

Baron. Abrazándola. Hija mia!....

Aliza. Tranquilizaos; no faltó quien volara á mi socorro; quien con peligro de su vida lograra ahuyentar al monstruoso animal. Aquel jóven.... ah! no os lo he dicho, era un jóven, padre mio; me levantó, preguntóme si estaba herida; no, le respondí; pero he tenido mucho miedo; ofrecióse á llevarme al castillo y yo admití porque no podia andar; me cargó en sus brazos, como vos cuando muy niña me llevábais á la cama para mecarme; sin duda el peso de mi cuerpo le fatigaba mucho, porque su corazon latía fuertemente contra el mio: en fin, apenas llegamos al castillo, cuando su rostro se inmutó espantosamente;